

1306

¿A Dónde va Eros?

Angel Rama

Dentro de la generalizada ola del "destape" español —ya decaído y tedioso— se inscribe la recuperación de dos figuras claves de la literatura erótica norteamericana, cuyas obras, separadas entre sí por unos cuarenta años, permiten medir lo que va de ayer a hoy e interrogarse, sin mojigatería y con alarma, sobre la decadencia de Eros. Mucho —demasiado— se ha hablado de la liberación sexual norteamericana en estas últimas décadas: el país en que el Correo se encargó hace cuarenta años de censurar la circulación de novelas hoy tan rosadas como *El amante de Lady Chatterley* de Lawrence, ahora acarrea sin mayor rubor los libros de Burroughs y de Bukowski en las sacas postales.

En la época de la prohibición, cuando una pareja de película no ocupaba la misma cama (aunque sin desvirtuarse jamás) no sin antes pasar por la vicaría a retirar la licencia matrimonial, los grandes libros eróticos se publicaban en París y sólo entraban al país de contrabando en el doble fondo de las maletas, tal cual los libros de los disidentes hoy en la Unión Soviética. Así, bajo el mostrador, se conoció la literatura del clásico del erotismo norteamericano, Henry Miller, el mismo que, después de haber sido traducido al argot porteño y al argot mexicano hace años, acaba de ser incorporado al caló madrileño: *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio* ya se pueden degustar libremente en inmediatas versiones madrileñísimas y en esmeradas ediciones (1)



allí llega el parecido: en lo demás, es decir, en los textos mismos, se parecen como el Himno a la Alegría a la Marcha Fúnebre.

La relectura de Henry Miller restaura la jocundía y la felicidad de los sentidos. Mucho antes que Foucault y los pensadores postestructuralistas descubrieran la libertad invencible del sexo, su capacidad para resquebrajar todas las instancias del poder y la opresión, su potencia inventiva y creadora, su afirmación solar del individuo, Henry Miller había desbrozado el bosque a vigorosos hachazos reivindicando una suerte de anarquismo vital que echa por tierra los esquemas racionalizados y permite la irrupción de la energía de la vida. Partiendo de un escenario vulgar y cotidiano, subjetivando por entero la enunciación literaria para hacerla un equivalente de la totalidad humana, había construido un mundo feérico, mejor de lo que torpemente

Junto a él, Charles Bukowski es "dirty" y también "gloomy": el sexo ha devenido aquí un insatisfactorio sucedáneo de la imaginación y del placer, una droga de fácil adquisición para calmar la ansiedad y el vacío de la vida.

El podrá decirnos una y cien veces de su locura y su goce: las historias que cuenta están allí, impasibles, para desmentirlo, porque son casi siempre sórdidas, sin fuerza ni pasión, sucias y tristes como los callejones de las grandes ciudades norteamericanas en que la basura se acumula rodeando a los seres que allí nacen y viven. En este sentido pareceríamos revivir el realismo de los maestros norteamericanos de principios de siglo, ya no aplicados a la crítica social sino a la diagnosis complacida del deterioro. Una estructura literaria a lo O'Henry, una narración maciza a lo Dreiser o Sinclair Lewis, una temática versista concentrada en los seres

estratos de una sociedad que tiene otra cara diferente de la opulenta publicitada. Sus poemas de ruptura, que reiteran el modelo dadista de la primera postguerra ("Poemas escritos antes de saltar de un décimo piso") o los cuentos provocativos fueron ganando algunos adeptos dentro del turbión de los sesenta que asumió en California sus maneras más audaces. Pero sólo su columna *Open City*, que él ha contado en un cuento, "Nacimiento, vida y muerte de un periódico underground", proyectó su literatura al medio nacional.

Cuando las buenas gentes acomodadas pretenden restaurar un romanticismo tan edulcorado como el de *Love Story*, él propone una gesticulación procaz y le hace la higa gruesa y vulgar a las ilusiones de las familias bien pensantes. Entre ambos extremos, ¿queda aún sitio para Eros?

Es posible celebrar el desenfado de Bukowski, ese modo abrupto de reventar toda respetabilidad mostrando el trasero embarrado. Es quizá lo más sano de su intento: como el negro que no tenía nada que perder él puede permitirse gritar que el rey va desnudo cuando todos los cortesanos celebran sus imaginarias vestiduras suntuosas. Y aún es posible celebrar la incorporación a la literatura de un universo que tiene derecho a la representación artística, así parezca tan desasistido y sucio como lo muestra. Es decir, resulta respetable el ingrediente crítico, tal como ya lo vimos en la plástica en el movimiento del "pop-art", pero es infinitamente desafiador

mas y en esmeradas ediciones.(1)

Simultáneamente aparece en traducciones españolas quien ha sido denominado el heredero actual de Miller, el Charles Bukowski que fue lanzado por la catapulta protestataria de los años sesenta norteamericanos, adquirió tardía celebridad con su procaz columna de la revista "underground" californiana *Open City* titulada con toda exactitud "Notes of a Dirty Old Man", una de cuyas recopilaciones publicada por City Lights Books en 1974, *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones y demás relatos de la locura ordinaria*, ha dado lugar a dos volúmenes en español: el que mantiene ese mismo título y el titulado con mayor franqueza y brío: *La máquina de follar*.(2)

El parecido de ambos es bien exterior: los dos llegaron tarde a la literatura, ya en la edad adulta, después de una vida libre, bohemia y algo licenciosa, y los dos resolvieron contar con decisión sus propias aventuras eróticas usando todas las palabras de cuatro o más letras tal como son corrientes entre los seres humanos no literarios, decretando la obvia importancia del tema, su derecho a ingresar a la literatura tal como la practicaran los antepasados anteriores al rigorismo burgués de la época victoriana, enfrentando la hipocresía aún perviviente. Hasta

un mundo feérico, mejor de lo que torpemente procuraban sus contemporáneos surrealistas. Junto a este irreprimible impulso de libertad, todo Breton suena a ensoñación de adolescente reprimido que desea y no sabe cómo liberarse. Miller es, en cambio, el hombre adulto, el ejercitante pleno de la libertad que conserva sin embargo como antorcha el furor juvenil, el lirismo radiante.

Leído nuevamente hoy, su erotismo tiene una calidad sana y plena, junto al cual el de los más recientes resulta enfermizo y débil. Porque comienza por no fragmentar la conciencia: no es la sexualidad la que rige su escritura, sino la vida entera que halla en la sexualidad su guía pero que no por eso pierde o abandona toda el disfrute que la pluralidad del universo ofrece. Es siempre el escritor quien está presente, o el hombre completo que persigue la forma literaria en que se resuelva íntegramente su potencialidad genética. La mujer, la naturaleza, los libros, el fuego y el agua, el sol y la noche, todo marcha junto y revuelto en esta escritura ígnea que nada quiere perder de este tiempo radiante que se llama la existencia humana. Y por eso sus libros son explosivos: la materia se libera a sí misma en una fuente chisporroteante de energía.

una temática versista concentrada en los seres abandonados, marginales, deformados, angustiosos, en los residuos que las ciudades implacables arrojan cotidianamente.

Si Miller comía en la suntuosa mesa de la naturaleza, Bukowski lo hace en un drugstore de neón y plástico sobre la infinita "main street" que procura ofrecer imágenes brillantes para consumo de hambrientos y desclasados. Por eso sus mejores cuentos son aquellos en que rescata estremecidas figuras de la basura: la jovencita bella que se tajeaba la cara para destruir su hermosura tiene un acento patético que sitúa exactamente al erotismo que aquí ha devenido compasión. Allí hay vigor y una rabia soterada que enciende el relato, muy por encima de las historias de acoplamiento revueltos, casi desesperados, que son la norma de su cuentística.

Bukowski tiene ya 58 años. Nació en Alemania en 1920 y niño de pocos años fue arrastrado por la inmigración a los "slums" de Los Angeles donde ha transcurrido buena parte de su vida. Eso no le impidió estudiar en universidades y aun optar a un título de antropólogo, para ser luego envuelto por el escepticismo respecto al orden social, entregarse por décadas a una vida errabunda que conoció decenas de trabajos manuales y los más oscuros

plástica en el movimiento del "pop-art", pero es infinitamente desolador e irremediablemente triste lo que él parece creer jocundo y liberado. Evoca ese rutinario arte del pistoneo del ramplón cine pornográfico, ante el cual la sabia Celestina hubiera repetido su consejo a Sempronio: eso lo hacen mejor los burros en el campo.

Un creador poseído de la gracia y de la aspiración superior de los valores, como es Federico Fellini, ha sido capaz de la más cruel burla respecto a este machismo suburbano, trasmutando al más famoso "latin lover" de la historia, Casanova, en un esforzado gimnasta circense sólo aplicado a batir récords de resistencia física. En la acidez de esta imagen, que invierte todas las presuntuosas afirmaciones de las famosas *Memorias de Casanova*, (aunque no hay que olvidar que fueron escritas en la senectud, en la humillación y el desprecio) es perceptible la lección moral que ha acompañado todas sus creaciones cinematográficas y ese respeto que cumple conservar al maravilloso dios llamado Eros. El habita gozoso en la armoniosa locura de Henry Miller mientras parece recogerse el ruedo de su peplos, azorado y confuso, cuando transita por los cuentos realistas de Bukowski.

1 Madrid, Ediciones Alfaguara.

2 Barcelona, Ediciones Anagrama.